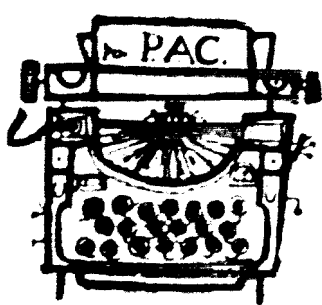


Progreso en el lago



Regreso de mis vacaciones. He vuelto a navegar por el Gran Lago (re-visitando lugares, conversando con personas, tomando apuntes para mis "Cantos de Cifar"), subí río San Juan arriba hasta El Castillo, navegué por el luminoso y profundo Medio Queso, hasta Las Brisas a visitar a José Coronel, viajé a la paz de Solentiname —

"De este país no quedan
sino islas" —

me embarqué de regreso en San Carlos, pisando con cuidado el muelle podrido. Cinco viejas lanchas cargan en el agitado, olvidado, original puertecito: salen repletas de pasajeros y carga: cabezas de banano y plátanos, raicilla, pieles, madera, ganado. Subo a bordo de la "Cinco Estrellas" la lancha del Ferrocarril. Es difícil encontrar un lugar libre para tender la hamaca —camarote móvil de nuestro pueblo navegante—. Un marino me ayuda pero miro a mi alrededor y me distraigo. Me gustaría pintar más que escribir este apretujado y multicolor ritmo de curvas hamacas, simétricas y asimétricas que llenan y se cruzan en todos los pasillos de la lancha, trezándose y meciéndose como si navegar fuera dormir en infinitas lunas menguantes y movientes. Primero leo un poco: libro y horizonte: la tarde humilla al sol y lo hace pasar a través de nubes sucias: luz gris. Luego, al llegar la noche trato de dormir. Es difícil: hay un exceso de cosas que observar. Desde mi reducido espacio vital me doy cuenta que, para mi intranquilidad, he quedado demasiado vecino de la letrina del barco. Noto que la puerta del excusado perdió hace tiempo su aldaba. En vez de esa invención se ha optado por otra más primitiva: han clavado y luego doblado un clavo. Todo el que va a usar la necesaria cuanto indecorosa recamarita se detiene ante la puerta, mira el clavo con cierto desconsuelo, luego comprende que se trata de un suplente de la aldaba —y no de una condena— aprieta con fuerza, hace girar el clavo y entra triunfante. Sólo un airado pasajero, que se excedió en los tragos de despedida, se enfurece al ver el clavo, golpea con el puño la puerta, protesta, pero alguien le enseña la maniobra y entra. Tarda tanto que temo por su vida. Discretas mujeres hacen cola. Cuando sale, al mirarle los pantalones comprendemos que de nada le sirvió haber entrado. En el suelo, bajo mi hamaca, cuatro pasajeros juegan naipes. Aumenta la clientela del clavo. Es interesante —pienso yo, por pensar en algo— nuestro método oficial de suplir las cosas siempre por las de alcurnia inferior. A una aldaba le sucede un clavo. Si se rompe el vidrio de la ventana se repone con un pedazo de cartón o de papel. Una oficina pública se reconoce porque todo lo que era superior ha sido sustituido por lo inferior. Pienso en mis navegaciones. En menos de 50 años, en lo que yo recuerdo, el declive es angustioso. Es un viaje de retroceso acelerado. Cuando yo era muchacho el transporte del Gran Lago estaba servido por un barco, magnífico para su tiempo —El Victoria—, por tres vapores pequeños y por numerosas lanchas de vela, varias de ellas de dos mástiles. Recuerdo el muelle de Granada, en las mañanas de invierno, repleto de barcos, alegre de velas secándose al sol. Recuerdo El Victoria con su capitán uniformado, su contramaestre, su auditor, su marinería disciplinada, su limpieza, su orden. Recuerdo años después el mismo Victoria con su capitán en camisola, sus camarotes sucios, su carga amontonada con total irrespeto para el pasajero. Y muere El Victoria... Al Victoria le sucede otro más pequeño (vamos para atrás) "El Somoza". Este barquito, al comienzo es limpio, rápido: cruza el Lago en pocas horas con sus dos motores. Poco después el mismo barco ya no tiene más que un motor sano y tarda casi el doble de tiempo entre Granada y San Carlos. Poco después el mismo barco ya no puede andar más que a la mitad de la velocidad con su único y destartado motor. La última vez que navegué en él tardé casi tres días en atravesar el Lago. Poco después se retiró el "Somoza" (allí está en una isla pudriéndose). Ahora ya no queda más que la "Cinco Estrellas" en proceso de servicio, es decir, de inevitable descomposición. A las tres de la mañana cae un aguacero invernal: el techo se pasa. Ya no hay cortinas para defensa de los pasajeros. El agua nos despierta con sus golpes helados. Mi hamaca suena a cántaro. Admiro, cerca de mí, a una joven mujer que ha pasado la noche de pie abrigando con su cuerpo a su tierno hijo. El hombrecito de los tragos cruza con fuerza los brazos sin poder disimular el pálido temblor de la goma. Compadezco a un viejo enfermo que tose, defendiéndose bajo su capote, mientras su amorosa mujer lo cubre abrazándolo protectora. ¡He aquí un viaje hacia atrás! Con un poco de imaginación yo pudiera convertir esta ingrata noche en un cuento.

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

y desembarcar como Rip Van Winkle, en una Granada de polvoriento olvido para encontrarme en el muelle con mi tatarabuelo y su tiempo:

—¿Tuvisteis mal viento? —me diría él, mirándome la fatiga y el desvelo en la cara.

—No —le diría yo—. Solamente mal gobierno.

PABLO ANTONIO CUADRA